

ERIK EL GODO

ISABEL ABENIA MARCELLÁN



Colección: Novela Histórica

www.nowtilus.com

Título: *Erik el godo*

Autores: © Isabel Abenia Marcellán

Copyright de la presente edición © 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: produccioneditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Edición impresa: 978-84-9967-760-6

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-761-3

ISBN Digital: 978-84-9967-762-0

Fecha de publicación: Noviembre 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-30545-2015

Dedicatória

ÍNDICE

Libro I. Erik el godo

Capítulo I	13
Capítulo II	23
Capítulo III	41
Capítulo IV	51
Capítulo V	67
Capítulo VI	81
Capítulo VII.....	97
Capítulo VIII.....	119
Capítulo IX	129
Capítulo X	137
Capítulo XI	155
Capítulo XII	173
Capítulo XIII.....	189

Libro II. Erico de Cesaracosta

Capítulo I	205
Capítulo II	221
Capítulo III	237

Capítulo IV	249
Capítulo V	259
Capítulo VI	269
Capítulo VII.....	281
Capítulo VIII.....	293
Capítulo IX	305
Capítulo X	319
Capítulo XI	331
Capítulo XII	343

Libro III. Erico Górmex

Capítulo I	355
Capítulo II	363
Capítulo III	375
Capítulo IV	389
Capítulo V	405
Capítulo VI	411
Capítulo VII.....	423
Capítulo VIII.....	435
Capítulo IX	447
Capítulo X	461
Capítulo XI	473
Capítulo XII	487
Capítulo XIII.....	495
Epílogo	509

LIBRO I
ERIK EL GODO

Aquí empieza el relato de *Erik el godo*,
en cuyo primer libro se cuenta
la vida de su protagonista
desde el año 646 al 656

I

Donde se narra el viaje del clan godo

Cansancio, frío y hambre. Aquellas tres palabras terribles se repetían una y otra vez entre los miembros del pequeño grupo familiar que se disponía a cruzar los Pirineos. Esas enormes montañas nevadas parecían querer engullirlos y hacerlos desaparecer, pero no iban a conseguirlo, ellos tenían que llegar «al Sur». El Sur era el vocablo opuesto a las tres palabras del sufrimiento; en ese punto cardinal residía la felicidad y el pequeño Erik se preguntaba cuándo lograrían alcanzarlo. Llevaba mucho tiempo escuchando cómo sus mayores repetían, con ojos brillantes, que en aquel lugar no existirían los problemas y el muchacho godo tenía prisa por llegar. Jamás había sufrido, en sus siete breves años de vida, como en aquellos últimos meses. Su cuerpo flacucho apenas soportaba una gelidez que le hacía sentir alfileres clavados en su pecho a cada bocanada de aire que respiraba.

Apretó la mano de su madre y elevó los ojos hacia ella.

—¡Ánimo, hijo mío! —susurró dulcemente la mujer—. Pronto alcanzaremos nuestro destino y allí podrás descansar.

Las jornadas eran eternas; la primavera había alargado las horas de luz y había que caminar y caminar, algunas veces bajo lluvias torrenciales y otras entre densas nieblas. Llegada la noche, y si no encontraban algún monasterio en las inmediaciones, los miembros del clan montaban el campamento en algún lugar resguardado del aire helador que entumecía sus cuerpos y dormían agotados, sin siquiera notar el dolor de sus músculos y el escozor de las profundas heridas que surcaban sus rostros mientras, por turnos, uno de los hombres permanecía en vela para dar la voz de alarma en caso de ataque de algún oso, una manada de lobos, o cualquier otro animal salvaje de los que habitaban por aquellos bosques. Erik tiritaba y se preguntaba por qué

habían tenido que abandonar su hogar, las tiendas de pieles no eran tan cómodas y calientes como su casa de piedra y madera y, aun estando acostumbrado al intenso frío del norte de Europa, apenas conseguía entrar en calor con aquellos pellejos en los que su madre lo envolvía. Su primo Olav había muerto días atrás, en el camino, y lo habían enterrado en la zona boscosa de un lugar llamado Galia. Erik había llorado mucho al enterarse de que su eterno compañero de juegos había partido hacia el reino tenebroso de la gran diosa Hell. ¿Por qué se había ido sin decírselo? Ellos dos siempre se habían confesado todos sus secretos, pero aquel día Olav no se había levantado por la mañana y poco después Erik vio como la hermana de su padre se arañaba el rostro con desesperación y lanzaba aullidos aterradores mientras su esposo la sujetaba para evitar que se lesionara gravemente. Después todo el grupo familiar había tenido que intervenir para separar a la mujer del túmulo de piedras del que se negaba a moverse, pues los paganos tienen a veces ideas terribles sobre la vida después de la muerte. Tras arrancarla de allí habían continuado la marcha, pero su primo ya no iba al lado de su madre, ni sobre los hombros de su padre, porque el dios Odín no tuvo a bien que Olav llegase al Sur.

Después de aquel terrible suceso, los rostros del clan familiar se ensombrecieron y las caminatas transcurrían en un triste silencio que Erik no se atrevía a romper. Aquel día avanzaban especialmente cabizbajos y, cuando pararon a comer, los hombres se reunieron aparte hablando en voz baja y meneando la cabeza de izquierda a derecha, mientras la madre de Olav miraba al horizonte, como cada jornada, con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó el pequeño Erik por enésima vez, mientras contemplaba como su madre amamantaba a su hermanita.

—Muy pronto. Tras esas montañas se encuentra Hispania.

La niña giró su cabecita y sonrió a su hermano mostrándole sus dientes blancos y desiguales. La pequeña ya tenía más de un año, por eso su madre, además de proporcionarle la leche materna, le preparaba una pasta especial mezclando agua y alimentos masticados por ella misma. Galsuinda crecía fuerte y hermosa y parecía no resentirse por el tremendo viaje con el que había inaugurado su segundo año de existencia. Erik había tenido otra hermana llamada Galsuinda que había muerto a poco de nacer, pero un par de años más tarde su madre había parido otra hembra que recibió el mismo nombre porque, según las creencias del clan, los dioses la habían enviado para sustituir a la anterior.

—¡Que el gran Odín nos ayude! —oyó exclamar a su padre.

Erik se acercó al grupo de hombres para escuchar la conversación que mantenían.

—Si nuestros antepasados pudieron cruzarlas —rugió Harald señalando las montañas— nosotros también podremos.

—No somos un grupo de guerreros a caballo. Nosotros vamos a pie transportando una carga pesada, llevamos mujeres e incluso niños pequeños... y ya hemos perdido a uno de ellos —dijo el padre de Erik con consternación.

—¡No quiero verte flaquear, Gorm! —exclamó alterado Harald—. Sven lo ha resistido, ya contábamos con sufrir alguna baja.

El rostro de Sven se ensombreció al recordar a su hijito.

—Podríamos esperar a que el tiempo mejorase.

—Eso no tiene sentido —refunfuñó Harald—. comenzamos la travesía en pleno invierno y ahora nuestro viaje está a punto de finalizar.

—Pero estamos agotados y ya estoy harto de que nos estafen y de solicitar hospitalidad a esos hombres que llevan la cabeza medio pelada y que visten túnicas extrañas. ¿Por qué no nos asentamos aquí, al sur de la Galia? —rogó Gorm abriendo mucho los brazos como para abarcar el lugar en que se encontraban.

El jefe del clan negó con la cabeza y lanzó un gruñido.

—Muestra más respeto, Gorm, esos a quien tú desprecias son hombres santos, los *godar* de estas tierras, y gracias a ellos hemos logrado llegar hasta aquí. Y recuerda que fue nuestro *godi* quien ordenó que cruzáramos las montañas hasta llegar a Hispania y alcanzar la ciudad indestructible.

A lo largo del penoso viaje, Harald se había referido muchas veces a una urbe misteriosa cuya existencia ninguno de ellos conocía.

—Pero ya hemos cambiado la mayoría de nuestras posesiones por alojamiento y comida, no nos queda casi oro... y ni siquiera sabemos qué ciudad es esa.

—Sabes que nuestro *godi* me dijo su nombre, aunque me prohibió revelarlo hasta nuestra llegada.

—¡Escucha, Harald! —gritó el padre de Erik— Espero por tu bien que ese lugar exista y que seamos bienvenidos en él.

—¿Me estás retando, Gorm? —preguntó el aludido poniéndose en pie.

Erik contuvo la respiración desde su escondite. Su abuelo era un gigante que cuando se enfadaba hacía temblar la tierra a su alrededor y no iba a permitir la más mínima insubordinación en su jefatura, ni siquiera de su hijo Gorm.

—¡Sentaos los dos! —chilló Sven que aún no había abierto la boca—. Parlo-teáis y gimoteáis como mujeres, sin embargo miradlas a ellas, ni una sola queja ha salido de sus bocas en todo este ridículo viaje, salvo las de mi pobre Willa cuando perdimos a nuestro pequeño.

Harald y Gorm bajaron las cabezas ligeramente avergonzados.

—Cruzaremos las montañas y llegaremos hasta el final, no quiero que la muerte de mi Olav haya sido baldía. Además, si los dioses han hablado por boca de nuestro hombre santo, contaremos con su protección.

Sven se levantó abandonando la compañía de los demás para abrazar el cuerpo de su esposa, que continuaba con la mirada perdida en el horizonte como esperando ver aparecer la silueta de su hijo en la lejanía. El pequeño Erik

se acurrucó tras el tronco de un árbol para no ser descubierto por su tío y así poder continuar con su apasionante espionaje.

—En parte tienes razón, Gorm... os... os debo una explicación —comenzó Harald mirando al grupo de hombres reunidos alrededor del fuego—. Tengo la absoluta certeza de que, tal y como aseguró nuestro *godi*, ese lugar existe. En el último monasterio donde nos aprovisionamos pregunté por la ciudad a uno de los hombres santos que hablaba una lengua similar a la nuestra y la conocía.

Los rostros de los cuatro hombres se alzaron inquisitivamente hacia el jefe del clan familiar.

—Continúa —solicitó Gorm.

—El *godi* galo me aseguró que la urbe a la que nos dirigimos es conocida porque nunca pudo ser tomada por la fuerza debido a sus legendarios e impenetrables muros. Hace apenas una centuria, un rey de Galia quiso invadir Hispania y saqueó varias poblaciones importantes venciendo a las guarniciones que las protegían pero, a pesar del asedio al que sometieron la ciudad prometida durante cuarenta y nueve días, no lograron traspasar su inexpugnable muralla.

Los que escuchaban el relato se miraron entre sí.

—¿Cómo terminó el asedio?

—Los francos pidieron a los dirigentes de la ciudad sitiada la concesión de reliquias del que había sido un hombre sagrado entre ellos, la estola de un tal san Vicente fue entregada al rey Childeberto y con ello se terminó el conflicto.

El joven Karl sacudió la cabeza incrédulo.

—¿La estola de un santón terminó con lo que podría haber sido una terrible masacre?

—Eso le pregunté yo al sacerdote —explicó Harald encogiendo sus potentes hombros—. Parece que cuando los nuestros se instalaron en Hispania, profesaban una creencia contraria a la de los francos, llamada arrianismo.

—No comprendo —reconoció Liuva.

—Tenían otros dioses —aclaró Sven, quien silenciosamente había vuelto a acercarse al grupo.

—Pero los francos descubrieron que los habitantes de la ciudad prometida se habían convertido a la doctrina católica, que es la recopilación de esas nuevas leyendas de las que habéis oído hablar. En esta religión constituyen un gran tesoro los restos de sus líderes, y esa fue la condición que pusieron los sitiadores para terminar con el asedio. El rey Childeberto marchó a la ciudad de los *parisii* con su reliquia mágica e hizo construir un recinto sagrado para que fuera guardada allí.

Todos callaron intentando asimilar las palabras de Harald.

—¿Y estás seguro de que en esa ciudad a la que nos dirigimos hay descendientes de nuestros antepasados?

—Eso aseguró el oráculo.

Gorm respiró una gran bocanada de aire frío.

—En verdad que los dioses deben tenernos reservada una misión muy especial para habernos mandado a un lugar tan lejano y extraño.

Harald asintió.

—¿Sabes cómo llegar a la ciudad prometida?

—Sí —afirmó Harald—. Iremos por la vía romana y, una vez pasadas las montañas, la hallaremos en un fértil valle a orillas del río más caudaloso de toda Hispania.

—¿Cómo sabremos con seguridad cuál es?

—Preguntaremos a las gentes aunque, seguramente, los dioses nos indicarán su ubicación exacta.

—Todavía quedan muchas jornadas de viaje —aseguró Sven chasqueando la lengua.

—Y me temo que aún reste lo peor —auguró Gorm elevando la vista hacia las altas montañas que tenían ante sí.

Harald se puso en pie con decisión.

—No perdamos la esperanza —aconsejó sonriendo— estas montañas no pueden ser peor que los bosques de la Germania.

El pequeño Erik salió a rastras de su escondite y corrió hasta donde se encontraban su madre y su hermanita, quien dormía placidamente entre un amasijo de pieles.

Los días siguientes fueron duros, pero no tanto como Gorm, el padre de Erik, había temido. La vía romana estaba en buen estado, había puentes o vados para cruzar los ríos e incluso pequeños túneles facilitando el paso montañoso y, con bastante rapidez, llegaron al Summo Pireneo donde se aprovisionaron de víveres. La lluvia y la nieve, dos impertinentes compañeras de viaje, los habían acompañado incesantemente durante su marcha por la zona gala y fueron remitiendo paulatinamente en Hispania. Afortunadamente pudieron alimentarse espléndidamente cazando rebecos y jabalíes y pescando truchas en los límpidos ríos con los que se encontraban, y la abundante comida les proporcionó la energía necesaria para continuar caminando. El paisaje era similar al de su tierra natal, abetos, hayas, encinas y flores de edelweis constituían la flora autóctona y eso propició que Erik añorase su antiguo hogar. ¿Existirían allí también seres malvados escondidos en las grutas? Los malignos trolls podían estar al acecho para devorarlos en cualquier descuido. El pequeño sintió como se le erizaba el vello del cuerpo y apretó con fuerza la diestra materna.

—¡Adelante, hijo! A partir de ahora todo será mejor —oyó como le decía su madre.

Y efectivamente, las jornadas siguientes se hicieron más llevaderas a pesar de la dolorosa ausencia de su primo, a pesar del daño lacerante en las plantas de

los pies, a pesar del escozor de las heridas supurantes en las manos y a pesar de los arañazos producidos por la vegetación espinosa. Erik y los demás miembros del clan se sentían más felices desde que habían llegado a Hispania. Así, con esos nuevos ánimos, sonreían ante cada miliario que dejaban atrás porque, aunque no supiesen descifrar los signos de las columnas de granito sitas al borde de la calzada, comprendían que iban acercándose a la ciudad prometida.

El corazón de Erik latió con más fuerza una alborada en la que, tras haber abandonado el camino principal para cazar en las inmediaciones de la villa de Iaca, divisaron una lejana figura saliendo de una gruta. A la distancia a la que se encontraban no podía asegurar el pequeño qué forma viviente era aquella, podía tratarse perfectamente de uno de los muchos seres malignos que poblaban los bosques y las montañas. Los hombres del clan cruzaron miradas y avanzaron sigilosamente, seguidos por las mujeres y los niños, hacia el habitáculo medio cerrado con piedras de diferentes tamaños acumuladas desordenadamente. Al acercarse, el pequeño se tranquilizó al comprobar que sólo se trataba de un anciano de insólito aspecto que se encorbaba con impresionante agilidad recogiendo ramas a diestro y siniestro. Harald levantó una mano para que el resto del grupo detuviera sus pasos mientras él se aproximaba hacia el extraño. El jefe del clan se situó al lado del hombrecillo de larguísima barba y le dijo algo que los demás no pudieron oír. Era sumamente chocante ver al enorme Harald gesticular nerviosamente frente al inmutable anciano al que casi duplicaba en tamaño. El eremita observaba al gigante sin pestañear y cuando éste le apremió para que respondiera, el hombrecillo se agarró los labios entre sus dedos índice y pulgar, dando a entender que no quería o no podía contestar. Harald se giró hacia el resto del grupo con expresión turbada a la vez que el anciano volvía a centrarse en su tarea de amontonar ramas. El godo continuó intentándolo hasta que el eremita, hastiado y dando ridículos saltitos, le señaló hacia el Sur con su dedo descarnado.

—Ese viejo debe de estar loco —aseguró Harald regresando hacia donde los demás esperaban anhelantes—, le he repetido el nombre de la ciudad hasta cansarme y él parecía no verme siquiera.

—¿Qué estará haciendo aquí solo? —se preguntó Sven en voz alta.

—No sé... quizá sufre la maldición de los dioses y su clan lo ha dejado en la montaña a merced de los animales salvajes.

—Probablemente —reflexionó Gorm.

—De todos modos parece que el camino que seguimos es el correcto.

A poca distancia de la morada del anciano, el clan halló una pequeña gruta semicircular en cuyo interior descansaba una imagen tallada en madera. La figura representaba a una mujer ataviada con un manto romano, del tipo que habían visto lucir a algunas galas, y en sus brazos sostenía a un niño pequeño.

—Debe ser la personificación de alguna diosa de la fertilidad —sentenció Liuva.

—Como Frigg —susurró la madre de Erik a su amiga y segunda esposa de su marido, Galeswintha.

—No podemos asegurarlo, Frida —dijo Gorm mirando a sus dos mujeres.

La madre de Erik entornó los ojos, iba a proponer el sacrificio de algún animal a aquella diosa de aspecto dulce y maternal, pero la tajante intervención de su marido la hizo desistir.

—Continuemos —ordenó Harald elevando su mirada hacia el sol—. Pronto atardecerá y el frío se hará más intenso.

Parecía que las dificultades iban a ser menores. El clima fue suavizándose conforme avanzaban, día a día las montañas eran de menor altitud y la nieve desaparecía de sus cimas. La primavera se mostraba allí en todo su esplendor y las mujeres comenzaron a sonreír y a canturrear, todas menos la madre de Olav, que continuaba con la vista fija en la lejanía mientras caminaba mecánicamente.

—Atta —llamó Erik a su padre.

—¿Qué quieres, hijo?

—Padre, ¿tenemos casa en la ciudad prometida?

Gorm sonrió.

—De momento no.

—¿Dónde viviremos?

—No te preocupes, Erik, encontraremos una.

El niño calló unos instantes.

—¿Será esa ciudad como nuestra aldea?

El hombre rodeó con su brazo fornido los hombros de su hijo y miró a lo lejos sin encontrar respuesta.

Los campos, tanto de labor como de pasto, se extendían a ambos lados del camino romano y ya comenzaban a verse casas dispersas y cierta actividad humana, porque iban abandonando la zona montañosa y adentrándose en territorio de sierras. El paisaje era de gran hermosura, los picos se habían transformado en montes cortados y las tierras estaban surcadas por ríos de agua cristalina. Decidieron seguir por la ribera de uno de ellos que, además de asegurarles alivio para su sed, les proporcionaría buena pesca y posibilidad de caza dado el sinfín de criaturas que acudían a beber a sus aguas. Además, aquellos parajes estaban repletos de deliciosas frutas y bayas que ellos no conocían pero que decidieron probar al ver a ciertos pájaros picoteándolas.

Era de madrugada cuando el traqueteo de las ruedas de un carro los despertó. Sven, que en aquel momento hacía el último turno de vigilancia, sacudió el corpachón de Harald señalando un carromato lleno de sacos que recorría el camino. El gerifalte del clan se puso en pie y saltó ante el vehículo haciendo parar a su conductor.

—Amigo, ¿puedes indicarnos de qué población vienes y adónde te diriges?

El hombre, un joven de unos veinte años y cabello oscuro y brillante como la noche, frunció el ceño sin entender las palabras del godo. Harald gesticuló señalando el contenido del carro, al propio conductor y algún punto en la distancia, y repitió sus mudas preguntas hasta que su interlocutor pareció comprenderle.

—¡Ah! —exclamó— Ebelino... Osca, Osca.

La primera palabra la pronunció indicando con el dedo una magnífica mansión rodeada de tierras sembradas en las que varios hombres trabajaban ya en plena actividad. Parecía la finca de un noble, similar a aquellas que habían visto en algunos lugares de Galia. El segundo vocablo, Osca, se acompañó de un movimiento con el brazo indicando lejanía, parecía que era el lugar hacia el que dirigía sus mercancías.

—¿Latín? —preguntó el joven señalándose la boca.

Harald negó y el conductor meneó la cabeza impotente ante la imposibilidad de ser comprendido, pero el godo se acercó al hispano susurrando el nombre de la ciudad prometida.

—*Gallicus flumen* —dijo el joven asintiendo y gesticulando— *Gallicus flumen*.

Harald pareció comprender y el joven sacudió las riendas del jumento para seguir su camino hacia Osca. El jefe se acercó a los cuatro hombres de su clan.

—El gran padre Odín nos ha guiado sabiamente. He creído entender que hay que seguir el curso de una corriente de agua que los nativos llaman *Gallicus flumen*.

—Pero el «gran padre» no se ha manifestado —se quejó Gorm—, no veo los signos enviados por él.

Erik suspiró angustiado. Iban por unos lugares desconocidos en los que era difícil incluso hacerse comprender ¿Por qué aquellos hombres hablaban de forma tan diferente? ¿Llegaría a entenderlos algún día? ¿Cómo iban a vivir en un lugar en el que no disponían de un hogar y en el que la gente se expresaba con extraños sonidos carentes de significado?

El terreno era cada vez más llano y a ambos lados del camino comenzaron a encontrar mansiones y villas de diferentes tamaños, y campos con pastores tañendo cítaras tumbados al sol mientras los rebaños de ovejas pastaban la aromática hierba húmeda.

El grupo se desplazaba en silencio, observando y sacando conclusiones unas veces acertadas y otras erróneas. A todos les llamó la atención las poderosas diferencias físicas que observaban entre las gentes y distinguieron principalmente dos grupos raciales y sus posibles mezclas. Los había con rasgos similares a ellos que sin duda serían originarios de sus mismas tierras, hombres grandes y rubicundos; otros, sin embargo, eran más morenos, algo más menudos y con los cabellos cortos. Los primeros parecían ostentar la supremacía, aunque los segundos aparentaban ser más cultivados y pacíficos. Ambos tipos se relacionaban

con naturalidad en una lengua similar a la que habían oído hablar en la Galia, pero con un acento más fuerte y marcado.

En la última mansión en la que se detuvieron, Gallicum, les aseguraron que la ciudad que buscaban se encontraba a sólo una jornada de viaje sin abandonar el curso fluvial.

—¿Estás seguro de haber comprendido las indicaciones? —preguntó Sven oteando a lo lejos—. No se ve ninguna urbe.

—No puedo asegurarlo —reconoció Harald— no sé si pronuncio correctamente el nombre.

Pero lo que creyeron la señal de los dioses se presentó repentinamente y los semblantes de los miembros del grupo se iluminaron de esperanza. Dos cuervos negros describieron un par de círculos sobre sus cabezas para luego dirigirse en línea recta hacia donde les habían indicado.

—¡Los cuervos de Odín! —gritó Gorm señalando a los dos pájaros.

—Cierto —dijo Sven sorprendido—. Son Hugin y Munin.

Por fin iban a alcanzar su destino. Las mujeres se abrazaron llorando de dicha y la velocidad de la marcha se incrementó. Harald llegó a la conclusión de que era tiempo de desvelar la información que poseía, ya que la divinidad se había manifestado en los cielos permitiéndole romper el silencio.

—Creo que ha llegado el momento de decirnos algo más sobre la urbe en la que probablemente pasaremos el resto de nuestras vidas.

Todos se acercaron al jefe Harald sin aminorar el ritmo.

—El *godi* me contó que cuando los nuestros arribaron a ella hace dos centurias, era la segunda ciudad en importancia de la provincia Tarraconense, siendo principal la urbe de Tarraco; pero ahora es, junto a la capital, Toletum, una de las ciudades más significativas de toda la península Ibérica por su importancia estratégica y porque la mayoría de los caminos romanos que cruzan Hispania y que la unen con el resto del continente pasan por ella. Está situada en un valle fértil y sus tierras están regadas por tres grandes ríos, uno de ellos inmenso llamado Iberus.

—Todo eso está muy bien —refunfuñó Sven—, pero ¿qué vamos a hacer nosotros allí?

—Nuestro hombre santo me dio una carta —dijo Harald sacando un trozo de cuero de entre sus ropas— que debo entregar a los dirigentes de la urbe, que son de nuestra etnia.

—¿Qué dice el mensaje? —se interesó Gorm.

—No lo sé... no puedo descifrar su contenido y nuestro *godi* no me aclaró nada al respecto, pero me aseguró que presentándola seríamos bienvenidos en la ciudad y que conseguiríamos asentarnos y ser tratados como hermanos.

—Bueno, y dinos ya ¿cómo se llama ese enigmático lugar?

—Primero contempladla allá a lo lejos.

Los rostros se volvieron hacia el frente. En el horizonte divisaron unas formas que fueron creciendo a sus ojos conforme se acercaban y Erik contuvo la respiración. La altísima muralla de piedra blanca reflejaba su magnificencia en las aguas de un río ancho y caudaloso por el que navegaban barcas de todos los tamaños que arribaban a un puerto fluvial para descargar mercancías. Las incontables torres de vigilancia, similares a gigantes guardianes, estarían custodiadas por arqueros y soldados en momentos de peligro, y la ciudad cerraría sus pesadas puertas si algún enemigo osase acercarse. La algarabía y el bullicio que salía de entre sus muros prometían que en su interior habitaba un enjambre humano de proporciones insospechadas para los miembros del clan. El puente acueducto que cruzaba el Iberus soportaba el peso de la hilera de gentes que accedían a la urbe, mientras que en las huertas y cabezos que la circundaban, agricultores y pastores llevaban a cabo sus cometidos. Incluso algunas construcciones se habían levantado extramuros al no tener cabida en el perímetro amurallado.

Erik alzó la vista hacia sus mayores y descubrió que algunos tenían los ojos llenos de lágrimas. La ciudad prometida existía.

—Es... —balbuceó su padre.

Harald terminó la frase.

—La Caesaraugusta romana, llamada ahora Cesaracosta.

II

De la llegada a Cesaracosta y de los primeros días en ella

—¡Alto en nombre de nuestro rey Chindasvinto!

Harald se detuvo al ver la diestra del soldado en clara señal de parada.

—Tenemos una carta de entrada —dijo el jefe del clan familiar mostrando el documento.

El soldado no entendió y cruzó su lanza ante el pecho de Harald protegiéndose con un escudo ovalado. Este retrocedió alarmado.

—Tenéis que pagar el portazgo.

El imponente godo ataviado con yelmo de hierro no parecía comprenderle, asemejaba ser de su misma raza y sin embargo sólo hablaba aquel lenguaje incomprensible que llevaban oyendo semanas y más semanas. Harald se giró hacia los miembros de su clan con expresión de pesadumbre.

—No ha mirado siquiera la carta del *godi*.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Liuva.

—Acamparemos al lado del puente y lo volveremos a intentar mañana.

Los cinco hombres comenzaron a montar las tiendas mientras las cuatro mujeres sacaban de los fardos los últimos pedazos de carne para preparar la cena. El atardecer caía sobre ellos, pero el aire cálido era un bálsamo para sus pieles curtidas por el frío y el sol de las montañas.

Otros debían estar en la misma situación que el clan y se distribuían en grupos a la ribera del río para pasar la noche allí y entrar a la ciudad prometida al día siguiente. Harald miró la sólida corona blanca que impedía el acceso y se sintió completamente desesperado e impotente; habían alcanzado su ciudad y no podían penetrar en ella. Realizó un rápido análisis del entorno y sacó varias conclusiones, como que la muralla de apariencia marmórea tenía una altura de cuarenta codos y una anchura inverosímil, ya que el jefe del clan calculó que

equivaldría a la medida de cuatro hombres tumbados. Observó también que estaba rodeada por un foso pero, como algunos de los imponentes edificios sobresalían por encima de ella, Harald razonó descubriendo que el suelo de la ciudad era más elevado. No había, por otra parte, muchos arqueros en las ciento veinte torres circulares del muro, señal de que la urbe vivía momentos de paz y no era necesaria la presencia de demasiados guerreros armados. En suma, razonamientos todos ellos muy acertados pero que no le sirvieron de mucho, ya que era imposible acceder al interior de la ciudad prometida de forma alguna.

—¡El embaucador dios Loki nos ha engañado! —bramó.

—Yo no hablaría así, amigo —dijo un tuerto acercándose al grupo.

—Hwas thu? (¿quién eres?) ¿Hablas nuestra lengua?

—Aún no la he olvidado del todo.

El acento del hombre resultaba absurdo y algunas palabras que pronunciaba no eran comprensibles para el grupo de Harald, pero al menos su idioma se parecía extrañamente al que ellos hablaban.

—Veo que necesitáis ayuda. Si me dejáis sentarme al amor del fuego y compartís vuestra comida conmigo, podría resultaros de mucha utilidad.

Los hombres se miraron entre sí.

—¿En qué podrías sernos útil? —se interesó el jefe del clan, desconfiando.

—Puedo responder a vuestras preguntas, veo que sois forasteros y ni siquiera habláis latín.

Las miradas claras volvieron a cruzarse.

—Siéntate —refunfuñó Harald mesándose la barba.

—Sabia decisión —rió el viejo tomando asiento al lado de Gorm.

—Dinos, ¿por qué hablas una lengua similar a la nuestra?

—Provengo de la Germania —comenzó mientras sacaba un trozo de pan de su zurrón.

Harald le conminó con un gesto a que cogiera una pata de conejo y Galeswintha le sirvió unas hortalizas en la escudilla que él mismo sacó de entre sus pertenencias.

—Vine a la Península siendo un niño como ese —continuó a la vez que señalaba a Erik— asimilé la lengua romana, pero mi madre, del pueblo de los jutos, jamás llegó a aprenderla por completo, así que con ella continué hablando la lengua germana de Iutum.

—¿Por qué te ha llamado la atención pues que nombrara al dios Loki? —se extrañó Harald tras reflexionar.

—Amigos, me doy cuenta de que no sabéis nada sobre estas tierras, aquí son católicos y es mejor no ser otra cosa, así conservareis el pellejo.

—¿Qué quieres decir?

—Se persigue a los que no lo son —explicó con la boca llena del conejo que masticaba con la ayuda de sus aún fuertes muelas—. Nuestro rey, Chindasvinto,

profesa la religión católica, y ni siquiera soporta a los arrianos, a quienes tacha de herejes, aunque también sean cristianos —lanzó una risotada—. No quiero ni imaginar qué pensaría de vosotros si supiera que sois paganos.

—Nosotros adoramos a nuestros dioses —se defendió Sven.

El tuerto le lanzó una mirada heladora como advirtiéndole que «*cum Romae fueritis, romano vivite more*», es decir que si se va a Roma, hay que vivir según la costumbre romana.

—Aquí no hay dioses en plural —dijo con voz cavernosa— sólo hay uno, ¿comprendido?

—Señor —susurró Frida saliendo de su mutismo—. En las montañas vimos una figura tallada en madera, representaba a una madre con su hijo, ¿no era acaso una diosa de la fertilidad?

—¿Por todos los diablos, mujer! —exclamó el desconocido—. No blasfemes contra la Virgen María.

La mujer enrojeció apretando contra el pecho a su pequeña hijita.

—La Virgen es la sagrada madre de Cristo, que es el Hijo y a la vez Dios mismo.

«Estos extranjeros no van a durar ni dos días en este *regnum*» debió pensar el viejo.

—Escuchadme —les dijo tomando otra pata de conejo— mi nombre es Orenco.

—Orenco no es un nombre germano —sentenció Gorm.

—Mi verdadero nombre es Horink, pero a los romanos les resultaba impronunciable. En algunos lugares significa obediente... y puedo llegar a serlo a cambio de comida y protección. Ya no me queda nada en la vida, soy un anciano de casi sesenta años.

Erik abrió los ojos hasta que casi le salieron de las órbitas. Aunque no sabía qué cantidad era «sesenta» exactamente, nunca había conocido a nadie tan viejo, excepto al *godi* de su aldea, y supuso que el resto del clan tampoco.

—Mientes —cortó Harald— muy pocos llegan a esa edad y no se encuentran tan ágiles como tú.

—Pues nuestro rey tiene más de ochenta.

El jefe del clan se preguntó si no tendría ante sí a la personificación del malvado Loki, el dios astuto y embaucador, el bello gigante responsable de la muerte del dios de la alegría podría haberse disfrazado de inofensivo tuerto para engañarlos y conducirlos a la perdición.

—¿Qué nos propones?

—Como decía —continuó Orenco— no me queda nada en la vida, mi mujer y mis hijos murieron a consecuencia de las fiebres y ahora vago por las ciudades y aldeas pidiendo limosna para comer. Ya no soy joven y fuerte como vosotros, pero poseo un conocimiento que os puede ser beneficioso para sobrevivir en ese hormiguero humano.

La cabeza del viejo señaló la muralla de piedra clara que resplandecía con las docenas de hogueras que la iluminaban. Harald asintió tristemente, era cierto, no conocían las costumbres de la urbe, ni su organización, ni su religión, ni siquiera su lengua.

—Puedo ser vuestro siervo a cambio de comida y cobijo. Sé leer y escribir.

¿Leer y escribir en latín? Aquello acabó de convencer a Harald, siendo Orenco un hombre cultivado quizá también pudiera descifrar la carta del *godi*. Todas las miradas se posaron de nuevo en él para que tomase una decisión.

—De acuerdo —bramó el jefe del clan—, quizá tu ojo tuerto pueda ver más de lo que ven los nuestros.

—No te arrepentirás, amo —sonrió mostrando los numerosos dientes que aun conservaba y de los que se sentía orgulloso— y ahora decidme vuestros nombres y la relación de parentesco que os une.

Uno a uno fueron presentándose hasta que Orenco emitió un extraño sonido de reprobación.

—¿Quieres decir —preguntó dirigiéndose a Gorm— que eres polígamo?

—¿Qu... qué? —se extrañó el padre de Erik.

—¡Madre celestial! Eso hay que arreglarlo ahora mismo, no puedes tener dos esposas.

Frida y Galeswintha se miraron entre sí.

—No se lo digas a nadie —susurró el viejo tuerto—. Bueno ¿a quién se lo ibas a decir si no hablas ni una palabra de...?

Orenco contempló a ambas mujeres con extrañeza.

—Los romanos tienen razón, sois bárbaros. Escúchame incauto —dijo dirigiéndose a Gorm— la religión católica prohíbe terminantemente la bigamia, la pena por ello podría ser severísima, se consideraría adulterio y serías castigado.

Gorm se puso repentinamente nervioso.

—¿Qué debo hacer?

—¿Cual de las dos es tu primera mujer?

—Frida —respondió Gorm rozando el brazo de la madre de Erik.

—Pues esa será la única ¿entendido?

—Pero ¿y Galeswintha?

El viejo se llevó las manos a la cabeza, aquellos godos eran más estúpidos de lo que parecían.

—Encontraremos otro marido para ella.

Frida abrazó a Galeswintha con ternura.

—Bueno, siervo —bramó Harald dando por zanjada la conversación sobre la bigamia— mañana intentarás introducirnos en la ciudad y espero que con éxito.

—Sí, amo —rezongó Orenco.

—Y ahora, mira a ver si puedes descifrar esta carta que nuestro *godi* nos facilitó antes de partir.

El viejo tomó de mala gana el trozo de cuero que aquel salvaje analfabeto le tendía. Empezaba a dudar si no hubiera sido mejor continuar mendigando alrededor de la muralla y recibiendo palizas de manos de los malhechores que soportar a aquel grupo de bobalicones corpulentos. Desató la cinta que rodeaba el rollo de piel y extendió suavemente la carta a la luz de la fogata.

—¡Cielo santo! —exclamó antes de mirar a Harald con su único ojo.

La diestra de Orenco tembló sosteniendo aún el mensaje. No era capaz de leer el texto rúnico, pero lo que comprendió fue suficiente para que diese gracias al Cielo por el feliz encuentro con aquellos salvajes.

—¿Qué? —preguntó Harald con su vozarrón.

Los demás miraron expectantes.

—Mi amo —sonrió el viejo tuerto— esta carta lleva el sello del dux provincial.

—¿De quién?

—El dux, el duque, es el representante real en la provincia —explicó Orenco— nuestro rey reside en Toletum, capital del reino, y designa para cada provincia a un noble para que lo represente y asuma las funciones militares, jurisdiccionales y recaudatorias. La provincia está integrada por varias ciudades que, a su vez, están regidas por un *comes civitatis* y un obispo, que son ayudados por otros funcionarios y...

—Escucha, siervo —cortó Harald poniendo los brazos en jarras— no necesito que me expliques ahora toda la jerarquía de cargos de la urbe, sólo quiero que mi clan pueda entrar en la ciudad.

—Comprendo, pero satisface mi curiosidad, amo —el tuerto suspiró— ¿Cómo os dio vuestro sacerdote una carta con el sello de nuestro dux?

Harald se encogió de hombros.

—Ambos territorios distan miles de millas y la comunicación no puede ser fácil —reflexionó Orenco.

—Nuestro *godi* es un hombre santo, un adivino, y él nos aseguró que existía cierta relación de parentesco entre nuestro clan y los gobernantes de esta ciudad.

El siervo meneó la cabeza.

—Y ahora a dormir todo el mundo —bramó el jefe del clan—. Liuva, tú harás el primer turno y mantén los ojos bien abiertos, la gente que rodea esta muralla es más peligrosa que los lobos y los osos de las montañas.

La tibia luz de la madrugada abrió los parpados de los miembros del clan familiar mientras Orenco roncaba plácidamente con la boca muy abierta. El pequeño Erik pensó que los siervos de aquel reino eran muy perezosos y cogió una brizna de hierba para pasarla por la nariz del dormilón y así despertarlo. El viejo se frotó la cara y simplemente cambió de postura. El niño rió encantado y el sonido de su risa provocó que su hermanita se carcajeara también.

—¡Despierta, holgazán! —bramó Harald pateando levemente a su nuevo servidor.

Orenco abrió su ojo y vio al coloso de más de seis pies de altura ante sí. Se incorporó medio aturdido y comprobó que el grupo había recogido ya el campamento. Comió en silencio una sopa de nabos y zanahorias que la solícita Galeswintha se había afanado en preparar. ¡Que criatura más deliciosa!, pensó para sí, no iba a ser difícil encontrarle un buen marido, no tendría más de quince años y su belleza era deslumbrante. Estaba el problema de la virginidad, pero no importaba, había cientos de pecadoras que a cambio de unas monedas arreglarían aquella pequeña contrariedad.

—En marcha —vociferó Harald agarrando al viejo de un brazo y obligándolo a ponerse en pie.

Los miembros del grupo cogieron sus abultados fardos como si se tratase de plumas y se encaminaron hacia la puerta norte de Cesaracosta precedidos por Orenco.

—Dejad paso a mi amo y a su familia —ordenó el viejo al soldado que cobraba el portazgo.

—Escucha esclavo, si pagan pueden entrar, sino no.

—¿Os atrevéis a cobrar a la nobleza? —preguntó en voz muy alta Orenco para que todos pudiesen oírle.

—¿Nobleza? —dudó el soldado—. Estos no tienen aspecto de ser nobles, más bien parecen forasteros desarrapados.

El único ojo de Orenco lanzó chispas.

—Ata tu lengua —amenazó— si no quieres que el dux te cuelgue de un gancho como a un cerdo.

El soldado tragó saliva mientras cogía el pedazo de vitela que el esclavo le tendía.

—No... no está en latín.

—¡Claro que no! —exclamó Orenco— ¿Desde cuándo se habla la lengua de los romanos en las tierras del norte?

El portero comenzó a sudar copiosamente y le entregó la carta a su compañero, quien tampoco supo leerla. La situación para el soldado era compleja, si realmente eran parientes del dux y no les permitía entrar, su pellejo correría peligro, aunque si no lo eran... bueno, los infractores serían los primeros en evitar que se supiera que habían mentido a la guardia de la ciudad y nadie tendría por que enterarse.

—¡Pasad! —dijo finalmente haciéndose a un lado.

Orenco hizo una señal al resto del grupo para que traspasasen la puerta septentrional de la ciudad, y temblorosos y asustados fueron entrando uno a uno y, con la boca abierta, contemplaron el novedoso espectáculo que tenían ante ellos.

La urbe era un enjambre de miles de hombres y mujeres de todas las razas, romanos, godos, judíos y otros de tierras desconocidas. Los había altos

y bajos, gruesos y delgados, rubios y morenos y algunos de ellos con la piel aceitunada. Aquellas gentes iban y venían provocando un ruido ensordecedor, algunos portando tinajas, otros cestas de frutas y mezclándose todos ellos entre caballos y canes, carros, carretas y alguna que otra litera llevada en volandas por siervos de tez oscura.

La explanada que se extendía tras pasar la puerta era una plaza compuesta por restos de un antiguo foro romano mezclado con edificios cristianos, y entre todos destacaba una basílica dedicada a san Vicente. Tras esta plaza monumental, punto de cruce entre los antiguos *Cardus* y *Decumanus maximus*, se abría un conglomerado de calles repletas de casas e iglesias, cuya soberbia altura destacaba entre los tejados de las viviendas de los civites. A la izquierda, había un mercado repleto de puestos que se surtían de las mercancías que arribaban vía acuática al puerto fluvial, o de los carros y rebaños que campesinos y ganaderos introducían tanto por la puerta de *Toletum* como por la puerta norte. Se vociferaba a pleno pulmón que el aceite y la cerámica de África estaban a buen precio, que los ungüentos orientales tenían un aroma delicioso, que el vino de Tarraco era de una calidad insuperable y que el *garum* era condimento imprescindible en todas las buenas mesas. Todo esto iba traduciendo Orenco a los impresionados hombres del norte y aún añadió que las verduras y hortalizas provenían de los campos circundantes y de *Graccurreis*, y que los cerdos y corderos que se vendían en aquel mercado se criaban en los ricos pastos de los alrededores de los ríos *Iberus*, *Gallicus* y *Orba*.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Harald recuperando el habla.

—Recuerda que aquí sólo hay uno —rió Orenco.

Erik miraba asombrado en todas las direcciones y fijó su atención en un grupo de muchachos algo mayores que él que jugaban con el chorrillo de agua que salía de una piedra en forma de pez. Se divertían de lo lindo mojándose de aquella forma y no parecía molestarles el terrible hedor de aquella populosa urbe que había provocado que él arrugase la nariz nada más entrar. El pequeño sintió cómo su madre le agarraba de la mano con fuerza y nerviosismo, y alzó sus ojos hacia ella comprobando cierto pavor en su rostro. ¿Por qué tendría miedo? No tenía de qué preocuparse, él la cuidaría a partir de entonces.

—No os paréis aquí —recomendó el viejo tuerto— y sobre todo tened cuidado con vuestras pertenencias.

—¿Dónde iremos ahora? —preguntó Harald sin poder apartar los ojos del gran templo cristiano.

—Al palacio del *dux* —respondió Orenco con naturalidad.

El clan se encaminó lentamente mirando a su alrededor y haciendo preguntas a su guía.

—¿Qué edificio es ese?

—Una ceca.

—¿Qué es una ceca?

—El lugar donde se acuña la moneda.

—¿Y ese surtidor?

—Es una fuente.

—¿Y esa puerta?

—La entrada del silo.

—¿Para qué se usa?

—Para guardar cereales. Esta ciudad está en una de las zonas más fructíferas de la Península y produce deliciosos manjares, además tiene la peculiaridad de que no se pudre en ella ningún alimento, hay aquí trigo almacenado de cien años de antigüedad, legumbres de veinte, y frutas conservadas hace cuatro años.

Los godos miraron a su nuevo siervo con incredulidad.

—Dios sabe que no miento ¿no habéis observado que Cesaracosta está rodeada de jardines y huertos? Pues estas bondades se deben a la pureza de su aire, que elimina la inmundicia del ambiente, y a la calidad de las límpidas aguas de sus ríos.

Casi sin darse cuenta, debido a la amena exposición con la que les obsequiaba el germano, llegaron a un imponente edificio que había sido castillo de Augusto. Orenco se detuvo ante él.

—La residencia ducal.

Un par de maceros de aspecto huraño guardaban la puerta.

—Tenemos que hablar con el honorable *dux* —anunció el siervo al que parecía menos violento de los dos.

—El *dux* no se encuentra en Cesaracosta en este momento.

—¿Y el *comes*?

—Esperad —rugió entrando en el edificio.

Un hombre salió acompañado del macero.

—¿Qué deseáis? —preguntó el recién llegado.

—Queremos hablar con el *comes civitatis*.

—El conde Celso no puede recibirnos ahora, pero podéis ver a su vicario si me decís qué os trae por aquí.

—Mi amo y su familia acaban de llegar a la ciudad —explicó Orenco señalando a Harald— son parientes del duque provincial y portadores de esta carta.

El mayordomo miró atentamente el indescifrable documento.

—Entrad y esperad en el atrio.

El grupo penetró en el recinto rectangular, rodeado por altas columnas que soportaban arcos. Bajaron sus ojos hacia el suelo comprobando que pisaban sobre un hermoso pavimento de mosaico multicolor que representaba algún tipo de leyenda romana y alguno de ellos levantó alternativamente un pie y después el otro, avergonzado de que sus primitivos calzados mancillaran aquella maravilla.

—Acompañadme —oyeron que decía el mayordomo volviendo a aparecer entre dos columnas.

Orenco hizo una señal al clan para que siguieran al hombre, que les condujo al interior de una amplia sala de techo abovedado.

—Acercaos —ordenó un patricio que escribía tras una elegante mesa de mármol.

El *vicarius* levantó la vista del pergamino para observar a la comitiva que se aproximaba a su mesa. Era un grupo de bárbaros sucios vestidos de forma extraña, cinco hombres, cuatro mujeres y tres pequeños que seguían a un hispanogodo tuerto. ¿Aquellos podían ser parientes del duque?

—¿Quién de vosotros es el *paterfamilias*? —preguntó el delegado alzando la voz.

—Mi señor —se apresuró a contestar Orenco— son un clan familiar que viene del norte del continente. No hablan ni una palabra de latín, así que me permitiré ser la voz de todos ellos.

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Orenco y soy su siervo —respondió señalando a Harald.

—¿De dónde habéis sacado este documento? —se interesó el *vicarius*.

—Se lo facilito a mi amo el *godi* de su aldea.

—¿*Godi*?

El tuerto se mordió los labios, si respondía que se trataba de un sacerdote-reyezuelo pagano con poderes mágicos, todos ellos iban a tener problemas.

—Su jefe —mintió.

El delegado del *comes* volvió a mirar el documento.

—No entiendo una palabra de lo que pone aquí, si es que estos signos pueden considerarse palabras —reconoció— pero esta carta está firmada con el sello del duque. Comparando la estampación con otros documentos ducales no existe ninguna diferencia.

Orenco asintió satisfecho.

—Bien ¿y qué deseáis? —preguntó el vicario mirando al grupo y olvidando que no hablaban su misma lengua.

—Desean establecerse aquí, en Cesaracosta —se apresuró a responder el tuerto.

—¿Cuál es su oficio?

Orenco preguntó a Harald sobre su antigua ocupación, pero este le contestó con un vocablo incomprensible. El viejo tuerto sopesó las posibilidades de permanencia que tenía el grupo si respondían una cosa u otra. Recordó una conversación mantenida por dos hispanorromanos a las puertas de la muralla en la que afirmaban que la urbe necesitaba de buenos herreros godos y no dudó en cual iba a ser su réplica.

—Todos ellos trabajaban el hierro en su lejano reino.

El delegado del *comes* sonrió.

—Eso está bien —aseguró— ¿y cuentan con posibles para establecerse?

—Por supuesto —volvió a mentir el sirviente.

El vicario cogió un pedazo de pergamino y garabateo unas cuantas palabras en él, estampando después el documento con su sello.

—Toma —dijo tendiendo el mensaje al aturdido Harald— esto os permitirá arrendar alguna habitación a buen precio en la zona sur de la ciudad. Y ahora marchad a ver al obispo inmediatamente.

Orenco hizo una especie de reverencia que los demás imitaron y salieron con el preciado documento guardado entre las ropas de Harald.

—Tenedlo bien presente —apostilló Orenco—: el obispo es un varón santo, como vuestros *godar*, no podéis cometer ningún error y delatar que sois un puñado de paganos. Además ostenta el máximo poder político, religioso e incluso judicial. Tampoco es conveniente que os vea con esa facha, oléis como caballos.

El siervo, que era hombre sabio, les condujo a los baños públicos para que su aspecto fuese más apropiado a la visita que debían realizar.

—Hay horarios diferentes para hombres y mujeres así que vosotras esperad en el interior de esa iglesia, allí no seréis molestadas.

Orenco acompañó a las cuatro mujeres y a las dos niñas al interior de un templo dedicado a san Félix.

—Tú ven con nosotros, muchacho —dijo cogiendo por los hombros a Erik— ya eres todo un hombre.

Los seis adultos y el muchacho se dirigieron a la entrada de unas antiguas termas romanas que, aun no poseyendo el esplendor de antaño, seguían manteniendo una buena *natatio*.

—Necesitaríamos algo que ofrecer para ser bien atendidos.

—Yo tengo algunas monedas —aseguró Sven.

Orenco miró al godo con desconfianza pero éste sacó unas cuantas piezas galas de oro y plata y se las mostró al siervo.

—¿De dónde las has sacado...? Bueno, da igual, con ésta servirá para todos.

Sven iba a explicarle que habían vendido por el camino algunas pertenencias para abastecerse de pan en las diversas aldeas por las que iban pasando, pero se dio cuenta de que al tuerto no le interesaba demasiado el asunto. El portero de los baños, sin embargo, sonrió amablemente al grupo que tendía una moneda y les proporcionó lienzos limpios, aceite perfumado y un rascador para desincrustar las costras de suciedad de la piel.

El recinto era una amplia sala rectangular con una gran piscina porticada rodeada de bancos de piedra. El grupo de hombres observó maravillado su esplendor y así se lo dijeron a Orenco.

—¡Oh, no creáis! —exclamó el viejo—. Antiguamente había varios baños públicos en la ciudad y estaban completamente revestidos de mármoles, mosaicos y esculturas, pero posteriormente todos estos elementos se extrajeron para

reutilizarlos en otros edificios. Hoy sólo queda éste, y su estado es lamentable si lo comparamos con el que lució en otros tiempos.

—¿Por qué? —se interesó Harald mientras se despojaba de sus ropajes.

El tuerto encogió sus hombros y se zambulló en la piscina.

—Parece que este tipo de lugares gozaron de más popularidad entre la población en épocas pasadas. Ahora la gente no acude a las termas asiduamente, exceptuando a los hemerobaptistas que continúan lavando diariamente sus cuerpos y su vestido; antaño la red de cloacas y agua corriente se encontraba en pleno funcionamiento, pero actualmente los conductos de evacuación de aguas fecales están casi todos cegados porque no se ha invertido en su mantenimiento —lanzó una risotada—. Los cristianos no son muy aficionados a sumergirse en agua, excepto para ser bautizados; ni tampoco son aficionados al teatro, hoy convertido casi en un vertedero; ni son...

—¿Son? ¿Acaso tú no eres cristiano? —preguntó Gorm con interés.

—¿Qué remedio! Aunque realmente soy lo que mi amo quiera que sea —respondió Orenco sonriendo—. Y hablando de bautismo, os voy a poner al día sobre la religión en este reino.

Los miembros del clan se aproximaron al siervo sentándose en el escalón interior de la piscina. Se asombraron de que el agua se mantuviera a una temperatura tan agradable y el siervo tuerto aprovechó para explicarles que aquello se debía al antiguo sistema de calefacción que hacía pasar, bajo la *natatio*, grandes tuberías que partían de varios *præfurnia*.

—¿Que significa *præfurnia*?

—Hornos, hipocaustos.

Los godos estaban atónitos y se sintieron absurdamente primitivos al no saber cosas que, en aquella ciudad, hasta los chiquillos conocían. A Erik, sin embargo, le parecía completamente natural que en aquella urbe maravillosa hubiese estanques de agua caliente, fuentes con chorrillos juguetones y un cielo azul brillante que alegrase el corazón. ¿No era la ciudad prometida? Pues entonces era bastante lógico que fuese un lugar mágico y muy diferente a su pequeña y rústica aldea. El pequeño comprendió enseguida la frase pronunciada por Orenco nada más traspasar la muralla: «La naturaleza divina nos dio los campos y el arte humano construyó las ciudades».

—¿Hace mucho que no tomaba un buen baño! —reconoció Orenco, echando atrás la cabeza para mojarse el pelo canoso que poblaba su cráneo—. Como os decía, ahora iremos a ver al obispo, y aunque explicaré que sois forasteros de lejanas tierras, debéis comportaros como si estuviésteis deseando abrazar la doctrina católica. Esta creencia consiste, básicamente, en el reconocimiento de un sólo Dios Creador y Padre de todos los seres vivientes, que a la vez forma una *trinitas* con Su Hijo y con el Espíritu Santo.

—O sea, que hay tres dioses —reflexionó Liuva con la aquiescencia de Karl— como Odín, Hoenir y Lodur.

—No y no, os he dicho que sólo hay uno —casi gritó el tuerto empezando a enfadarse—. Son distintas manifestaciones del único Dios Padre, intentad recordarlo.

—¿Y... y el hijo? —tartamudeó Sven recordando al suyo propio, muerto en el camino.

—El Hijo es una de las manifestaciones de una misma sustancia, esto es muy importante que lo tengáis en cuenta para que no puedan tacharos de herejes arrianos. El Padre lo envió al mundo hace seis centurias para que muriese en la cruz por nosotros y expiase nuestros pecados.

—¿El Padre mandó a su hijo a la tierra para que muriese crucificado? —se horrorizó Sven.

—Sí, fue un acto de amor para abrirnos las puertas del Paraíso —dijo Orenco con expresión piadosa—. Pero más tarde resucitó y subió a los cielos.

—¿Y la talla de la mujer que vimos en las montañas? —increpó Gorm—. Una de mis espo... mi esposa creyó que era una deidad femenina, pero luego le dijiste que era la madre de Dios. Si es la madre de vuestro Dios, debe de ser una diosa...

—No, es la Virgen María.

—¡Virgen! pero si llevaba a su hijo en los brazos...

—El Espíritu Santo bajó en forma de paloma y la hizo concebir a Cristo.

Todos abrieron mucho los ojos, ¿aquel hombre había dicho «una paloma»?

—¡Por todos los dioses! —bramó Harald—. No entiendo nada...

Orenco cruzó sus brazos con la loable intención de contener los deseos de aporrear a todos y cada uno de aquellos paganos gigantes y bobalicones.

—¡Vale por hoy! Es demasiado para un sólo día —explotó, y se apartó de ellos chapoteando en el agua tibia de la piscina.

Los hombres se miraron con perplejidad.

—¿Habéis comprendido algo? —preguntó el jefe del clan.

—Sí —respondió Sven—. Hay un padre que planea crucificar a su hijo para salvar a otros y una paloma que fecunda vírgenes... pero todos son el mismo.

Los demás asintieron, satisfechos en su ignorancia.

Mientras tanto las mujeres permanecían en el templo cristiano observando lo que acontecía a su alrededor y asombrándose de la magnificencia de la morada del Señor. La mayor de ellas, Aringa, esposa de Harald y madre de Gorm, Karl, Liuva y Willa, se sentó exhausta en la basa de una columna, pues iba a entrar en la quinta década de vida y su cuerpo se había resentido por el largo viaje y las intensas sensaciones experimentadas desde su llegada a Cesaracosta. Miró a las jóvenes: Frida apretaba contra su seno a la dulce Galsuinda; Galeswintha parecía preocupada por su futuro sin la protección de un marido

y la triste Willa permanecía fuertemente agarrada de la mano de la pequeña Rowena, hacia quien volcaba todo su cariño desde que había perdido a su hijo Olav.

—Escuchadme todas –susurró–: tenemos que hablar de la nueva situación que se nos presenta.

Las demás la rodearon asintiendo.

—Estamos en un mundo completamente nuevo donde no rigen las normas que habíamos aprendido de nuestros ancestros –hizo una pausa–. Mientras andábamos por las calles de la ciudad me he fijado en las mujeres con las que nos íbamos encontrando y creo que debemos aprender de ellas, imitar sus movimientos, sus ropajes y sus tocados si no queremos ser vistas siempre como unas intrusas... y lo más importante de todo, aprender su lengua.

Frida, Galeswintha y Willa estuvieron de acuerdo y la primera rompió el silencio.

—Creo que abrazar las creencias de esta urbe también nos podría ayudar bastante. Las diosas son muy importantes para las mujeres y aquella que vimos en la montaña... ¿cómo la llamó el tuerto? ¿Virgen María? Bueno, pues cuando la vi, sentí algo especial, una extraña dulzura me embargó y noté un estremecimiento en el cuerpo, como si hubiese vuelto a ver a mi madre.

—Pero Frida, ¿no querrás olvidar a las diosas Frigg, Eir y Sif? –se escandalizó Galeswintha.

La joven dejó a su pequeña en el suelo y negó con la cabeza.

—No sé si ellas podrán ejercer su poder aquí.

Todas miraron a Frida con horror.

—Cuando tu hijito comenzó a tener fiebres –dijo mirando a Willa– pedimos a las diosas de nuestras tierras que nos ayudaran y que lo alejaran del tenebroso reino de Hell, pero estábamos en la Galia y no pudieron escucharnos desde tan lejos.

Willa bajó los ojos pensando que probablemente Frida tenía razón.

—Ahora estamos aquí, a miles de millas de nuestro hogar, y la diosa que vela por las mujeres de Cesaracosta es la que vimos en la montaña... y en este templo también hay una representación suya.

Las tres mujeres se giraron hacia el lugar que Frida señalaba. Un bajorrelieve en piedra mostraba la dulce sonrisa de «la diosa» iluminada por una lámpara de aceite, y la luz tamizada que penetraba por los escasos vanos invitaba al recogimiento y la meditación. Permanecieron largo rato contemplando la figura hasta que un hombre las sacó de su ensimismamiento.

—Páreceme que esta talla es de vuestro agrado, hijas mías.

Las godas dieron un respingo por la repentina aparición de un hombre con la cabeza rasurada de aquella forma extraña que ellas habían visto con anterioridad en los monasterios cristianos de Galia, conservando una especie de corona de pelo en la zona superior del cráneo. El hombre esperó expectante a

que alguna de ellas respondiese, pero cuando finalmente una de las mujeres se decidió a hablar, el clérigo recibió una respuesta que no comprendió.

—Veo que sois extranjeras en esta ciudad.

Frida, haciendo un esfuerzo, repitió como pudo el nombre de la diosa, tal como había oído hacerlo a Orenco.

—¿Vi...virgen María?

El fraile sonrió y negó con la cabeza.

—No, esta es santa Marta, la hermana de Lázaro.

La bárbara comenzó a gesticular mezclando su mímica con extravagantes vocablos que sonaban ásperos a los oídos del sacerdote. Ambos se miraron decepcionados ante la imposibilidad de entablar conversación.

—¡Buen día, padre! —saludó nerviosamente Orenco llegando en aquel momento con los hombres al interior del templo.

—¡Buen día, hijo! ¿Conoces a estas mujeres?

—Sí, padre, ella es mi ama —respondió el tuerto señalando a Aringa—. Acabamos de llegar a la ciudad y ahora íbamos a presentarnos ante el obispo.

—¡Ah, nuestro buen obispo Braulio! —exclamó el fraile—. Cuando lo veáis saludadlo en nombre del hermano Turninus, pues así me llama.

—Así lo haré, y ahora debo conducirlos al palacio episcopal. ¡Quedad con Dios!

—¡Marchad vosotros con Él!

Orenco sacó al clan del interior del templo y acompañó a las mujeres a los baños.

—Apresuraos —les conminó— y no habléis con nadie más.

—Pero aquel hombre era uno de los *godar* de la ciudad y...

—¡Un *godar*, un *godar*! —se desesperó el tuerto—. En esta ciudad vais a encontrar muchos «*godares*» y si os ponéis a parlotear con todos ellos vais a acabar buscándoos problemas.

Oliendo ya a aceites aromáticos, aunque con la ropa igual de desastrada, Orenco guió al grupo hasta la sede obispal, un palacio de arquitectura romana situado en el antiguo foro, vecino a la gran catedral dedicada a san Vicente y que había sido vivienda en otros tiempos de la familia de los Valerio, muy prolífica otorgando prelados a la ciudad. Volvieron a encontrarse ante aquella extraordinaria plaza blanca que mezclaba edificios de la época del dominio romano con las últimas construcciones cristianas. Era la zona de la ciudad que más les había impactado al traspasar la puerta septentrional de la muralla, y Erik buscó con la mirada a aquellos muchachos que jugaban con el agua saltarina de la fuente pisciforme sin hallar ni rastro de ellos. Se encaminaron hacia el palacio episcopal de la explanada y entraron en él. El vicario que atendía visitas les hizo esperar

bastante rato en el atrio hasta que les condujo a la antesala del recinto donde el gran Braulio iba a recibirles. Orenco aprovechó para hacerles algunas buenas recomendaciones.

—El obispo Braulio, además de ser un santo varón, es el hombre más importante de Cesaracosta y proviene de una riquísima familia de hispanorromanos. Su parentela asumió las más altas funciones de la jerarquía eclesiástica. Ya su padre, Gregorio, fue obispo de Osma; su hermano mayor, Juan, fue abad del monasterio de los Innumerables Mártires de Cesaracosta y le precedió como obispo de la ciudad; otro hermano suyo, Fronimiano, y su hermana Pomponia son abad y abadesa de importantes conventos de la cristiandad hispana.

El clan godo escuchaba impresionado.

—Así que humillaros ante él y bajad las cervices cuando hable, con sumisión y respeto.

Había pronunciado Orenco sus últimas palabras cuando el vicario apareció para conducirlos ante el obispo. Con las cabezas gachas fueron entrando en la sala, precedidos siempre por su sirviente, quien se postró de rodillas nada más ver al prelado.

El pequeño Erik alzó los ojos ligeramente, sólo lo necesario para observar a través del flequillo al hombre que tenía ante sí. Él se había imaginado a alguien poderoso, a un rey que portara una coraza y un yelmo de oro en los que la luz se reflejara con fulgor, pero lo que vio ante sí le decepcionó momentáneamente. san Braulio era un hombre viejísimo, mayor que Orenco, y su vetustez se hacía más patente al estar acompañado por un niño de unos nueve años.

—Acercaros, hijos míos —rogó el prelado con una voz tan dulce que acarició los oídos de todos ellos aún sin entenderlo.

—¡Eminentísimo señor obispo! —exclamó Orenco aún arrodillado.

—Levanta hijo y venid todos hasta mí, últimamente tengo la vista cansada, probablemente por haber leído cientos de códigos de letra difícil.

El tuerto se aproximó al escritorio del obispo arrastrando a todos los demás.

—¿Quiénes sois y qué deseáis? —preguntó Braulio.

—Yo soy el siervo del *paterfamilias* de este grupo —explicó Orenco—. Proviene de las tierras originarias de los godos y son parientes del *dux* provincial. Desean establecerse aquí en Cesaracosta para trabajar como herreros y aprender la doctrina católica.

Braulio asintió en silencio.

—¿Habláis pues la lengua del norte? —preguntó el obispo en gótico, provocando que todos ellos dieran un respingo.

—Sí... sí, señor —vaciló Harald—. Una variante, las lenguas del norte son similares pero cada pueblo la pronunciamos de una forma ligeramente distinta, incluso tenemos algunas palabras que difieren de las que usan nuestros vecinos para expresar una misma idea.

—Cuando leí los escritos de Jordanes me interesé por la antigua lengua de los godos. La estudié con un preceptor de origen godo, utilizando fragmentos de la Biblia de Ulfilas como libro de aprendizaje.

—*Wulfila was weiha jah gudja in thaim Gutam* (Ulfilas era un hombre santo y un sacerdote del pueblo godo) —explicó Orenco al clan, cuyos miembros oían por primera vez el nombre de aquel con tan merecida fama entre la *gens gothorum*.

—De eso hace mucho tiempo —continuó Braulio— corregidme pues si no doy con la palabra adecuada.

—Sí, señor.

—Así que habéis venido para iniciaros en la verdadera fe.

Todos asintieron nerviosamente.

—Pues no habéis podido encontrar un lugar mejor que este reino, ya que según el poeta Prudencio, *Hispanos Deus aspicit benignus*. . . Perdonad, había olvidado que no habláis latín, dijo el poeta que «Dios contempla con benevolencia a los hispanos».

Braulio hizo una pausa.

—Y sobre todo habéis hecho bien viniendo a esta ciudad, porque entre todos los hispanos sobresalen por su piedad los cesaraugustanos, por eso nuestra urbe es merecedora del epíteto de *Studiosa Christo*. Y haciendo más las palabras del poema prudenciano os diré que «Cesaraugusta, la ciudad dichosa amada por el Señor, aventaja a todas en reliquias con sus dieciocho mártires: Optato, Lupercio, Successo, Urbano, Marcial, Julio, Quintiliano, Publio, Frontonio, Félix, Euvoto, Ceciliano, Primitivo, Apodemio y los cuatro Saturninos junto a la virgen Engracia». Realmente los mártires de esta urbe suman un total de veintidós en la actualidad pues no debemos olvidar a Vicente, a Cayo, a Clemente. . .

El clan contemplaba al obispo con los ojos muy abiertos y tras la enumeración de los santos inmolados, se hizo un silencio sepulcral.

—No sabéis de qué estoy hablando ¿no es cierto? Pues ahora decidme la verdad —dijo Braulio sonriendo— ¿Por qué estáis aquí?

Orenco tembló y Harald carraspeó molesto.

—Pues veréis, santidad. . . —comenzó el primero, venciendo su nerviosismo.

—Eres un esclavo extraño, pues das preeminencia a tus palabras antes que a las de tu amo.

Orenco enrojeció hasta las orejas.

—No soy esclavo, señor, pero sirvo de igual forma a esta familia.

—Contéstame tú —dijo el sabio Braulio dirigiéndose a Harald— pues ya ves que comprendo tu lengua.

El jefe del clan, como embrujado por la voz de aquel *sanctus vir*, comenzó a narrarle con todo lujo de detalles y acompañado por la mímica, la verdad sobre los últimos meses vividos. Le contó como los sangrientos guerreros enemigos se aproximaron hacia su aldea para incendiarla, saquearla y despedazar con sus

hachas a los vecinos y amigos que no huyeron como ellos y añadió que, probablemente y como solían hacer, para ultrajar a mujeres y niños. Después relató la huida de su clan a petición del rey-sacerdote local quien les proporcionó en secreto una carta salvadora y la dirección hacia donde dirigirse. Tras esto, describió la terrible odisea vivida por aquel pequeño grupo para cruzar el continente en busca de la «ciudad prometida», se le quebró la voz al pronunciar el nombre del pequeño Olav y terminó con el encuentro con Orenco a los pies de la muralla cesaraugustana.

Braulio le escuchaba con sus ojos medio ciegos entornados y con la piedad reflejada en su puro rostro. Imaginó el horror de la batalla, las largas y frías jornadas caminando por Germania y Galia. ¡Aquellas pobres mujeres y sus hijos tan pequeños!

—Sed bienvenidos entonces —sonrió el obispo—. Por vuestras palabras he podido deducir que sois paganos, por lo tanto herejes en estas tierras, pero no por vuestra culpa, sino por el desconocimiento de la Verdad; por ello no se os puede aplicar la frase de mi maestro y hermano en Dios, el gran Isidoro de Hispalis, quien decía que «el colmo de la culpa es saber uno lo que debe saber y no querer seguir lo que se sabe».

El obispo se perdió unos instantes en sus meditaciones.

—¿Deseáis realmente uniros al dogma de nuestro Señor?

—Si tu Dios es tan magnánimo y bondadoso como tú, no deseamos otra cosa —respondió Harald sinceramente.

—No, yo sólo soy un siervo inútil entre los consagrados a Dios —dijo Braulio con humildad—. La bondad del Altísimo es infinita y su magnanimidad está por encima de todo lo conocido.

—Señor —llamó tímidamente una de las godas— en nuestro camino por las montañas vimos la imagen de una dios... de la Virgen María. Su rostro era dulce y llevaba en los brazos a un niño pequeño.

El obispo dudó unos instantes, aquella mujer podía estar refiriéndose a una talla de la Santa Madre de Cristo o bien a una de esas representaciones de la diosa de la tierra, la Magna Mater, que muchos paganos seguían adorando en secreto. Pero Braulio prefirió pensar que se trataba de lo primero y suponer que aquella bárbara había sentido el amor mariano en su corazón.

—Hemos estado en un templo y allí había otra imagen de una mujer en un relieve, a la que hemos confundido con la Virgen, pero un *godi* nos ha dicho que era Martha —continuó Frida pronunciando incorrectamente el nombre de la santa.

Braulio sonrió.

—La doctrina católica puede parecer compleja a los no iniciados, pero luego produce alegría en el corazón. Debéis aprender la lengua romana, acudir a la santa misa de la basílica de San Vicente y ser bautizados para que sean despejadas vuestras dudas.

—Así lo harán y ahora que me acuerdo, señor, permitidme transmitir los saludos del sacerdote Turninus.

El obispo se volvió hacia Orenco y, tras breve pausa, abrió los labios emitiendo aquel tono de voz amable a la vez que severo.

—Tienes una misión sagrada más importante que la de ser el simple siervo de un pagano —le dijo en latín— veo que eres un hombre locuaz, cultivado e inteligente, ya que supongo que tú dedujiste el contenido de la carta que portaba Harald.

Era más una afirmación que una pregunta, pero aún así, Orenco asintió.

—No sé qué fechorías provocaron que alguien tan docto como tú llegase a vagabundear alrededor de la muralla y que ahora no sea más que el sirviente de unos bárbaros. Pero se te presenta la oportunidad de enmendar tu culpa instruyéndoles en las costumbres y la lengua romanas e iniciándoles en la fe de Cristo. Mejor es entrar en el Reino de los Cielos no teniendo más que un ojo, que irse con los dos al Infierno.

Orenco se avergonzó y bajó la vista mientras Braulio forzaba la suya para mirar al niño godo de cabellos tan rubios que parecían blancos.

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—Erik, señor

—Pareces un buen muchacho y deberías ser bautizado lo antes posible. En tu alma aún no anida el pecado y tu conocimiento está libre de cargas que pudieran condicionarte a la hora de aprender la doctrina católica —el obispo meditó por un momento—. Ya he dicho que estoy medio privado de la visión y por eso necesito a este niño que me sirve de guía —removió el pelo del muchacho hispanorromano que le acompañaba— pero los días son largos para mí, ya que el sueño me ha abandonado, y este fiel ayudante se duerme agotado cuando aún no ha anochecido. ¿Te agradaría relevarlo en esas horas?

El pequeño miró a su padre y Gorm asintió.

—Sí señor, me gustaría mucho.

—Pues ven a diario cuando las campanas toquen vísperas —Braulio se corrigió a sí mismo al ver la cara de incompreensión del niño—, tras ponerse el sol.

En el rostro de Erik se dibujó una sonrisa y el santísimo varón se dirigió a los demás.

—Y vosotros id con Dios y sed buenos *cives* y mejores cristianos.

Cuando ya el grupo abandonaba la sala, el pequeño oyó la voz del obispo pronunciando el que iba a ser su nombre a partir de entonces.

—Te espero mañana, Erico.

III

De los primeros meses de la vida de Erik en la ciudad prometida

Sonaban maitines cuando el pequeño llegó corriendo a la habitación que el Sclan había alquilado en el último piso de una ínsula de cuatro plantas cerca de la puerta sur de la ciudad. Las campanas anunciaban con su repiqueteo que amanecía un nuevo día, la muralla abría sus portones y la actividad de artesanos y comerciantes comenzaba. A Erik le placía su nueva vida en aquella urbe que brillaba por las noches como una resplandeciente estrella. Esto era algo que había intrigado al muchacho desde el principio y tras preguntar a Braulio el porqué de este fenómeno, el obispo había respondido que «la luz de los santos mártires iluminaba su ciudad protegida y, debido a esa misma protección celestial, se daba la maravilla de que no pudieran las serpientes traspasar la muralla cesaraugustana». Días más tarde, Orenco, que parecía saberlo todo, le explicó que las grandes cantidades de yeso, alabastro y cal que empleaban en los edificios dotaban a la urbe de una especie de fulgor constante y añadió que el uso de aquellos elementos constructivos evitaba la presencia de ofidios en las proximidades. Aunque, dijo riendo a mandíbula batiente, los herejes ofitas, adoradores de serpientes, no contaban con muchas facilidades para practicar sus ritos en Cesaracosta. Al niño le sorprendieron tan diversas explicaciones sobre los mismos hechos, pero ambos parecían hombres sabios y pensó que probablemente los dos tendrían razón.

Arribó jadeante a la casa y aporreó la puerta de madera hasta que un medio dormido Orenco le abrió refunfuñando.

—¡Padre, madre!

Sus familiares al completo se apretujaban alrededor del único mueble de la estancia, una mesa desconchada que habían adquirido en una tienda cercana a su nuevo hogar. Todavía no disponían de sillas ni taburetes para sentarse todos

y las ollas y cucharas que adornaban el fogón las habían traído ellos mismos desde las tierras del norte, además de una palangana de metal que recogía el agua que se filtraba por una gotera del techo en los días de lluvia.

Los padres de Erik sonrieron, el niño traía un enorme pan bajo el brazo.

—Me lo ha dado el obispo.

Frida dio gracias a la Virgen por haber puesto a aquel hombre bondadoso en la vida de Erik. Hacía un mes que habitaban en Cesaracosta y su hijo abandonaba cada anochecer el hogar familiar para acudir al palacio episcopal a servir a Braulio. Aquel santo varón no sólo daba de cenar y desayunar a su hijo, librándoles de una boca más que alimentar, sino que regalaba al niño unas veces pan y otras tocino o un poco de queso para que lo entregara a los suyos. La situación no era buena porque la vida en la gran urbe no era fácil, los hombres del clan habían buscado trabajo sin encontrarlo, las herrerías no necesitaban más empleados y las carpinterías podían prescindir de dar trabajo a más carpinteros. Karl había conseguido un empleo en el puerto, arrastrando las barcazas cargadas con ánforas de vino y aceite, pero el mísero salario que percibía no era suficiente ni para pagar el alquiler de aquella casa en la que vivían y las escasas monedas que habían sobrado del viaje se iban acabando. Cada tarde, Orenco salía acompañado del resto de los hombres a buscar trabajo y tras patear las calles de la ciudad, regresaban a casa con la preocupación reflejada en sus rostros. Sus cuerpos enflaquecían y sus expresiones se volvían más hurañas a cada día que pasaba, pues acostumbrados al duro trabajo de antaño, encontraban en aquel vagabundear una pequeña tortura exasperante.

—¿Qué has hecho hoy, Erik? —preguntó Gorm llevándose a la boca un trozo de pan.

El pequeño respondió con ojos brillantes y voz aguda.

—Mi señor el obispo y su arcediano, Eugenio, están redactando por orden del rex unas normas para ser aplicadas a todos los ciudadanos del reino. Yo he tenido que encender las lucernas y servirles agua, y también he acompañado al obispo a la letrina en un par de ocasiones.

—¿No ha dormido en toda la noche? —se extrañó el padre del muchacho.

—Apenas un par de cabezadas tan cortitas que la vela medidora no se ha consumido ni en media marca.

Harald lanzó un bufido.

—¿Vela medidora?

El niño asintió y Orenco respondió por él.

—Son unos cirios de sebo que suelen durar toda una noche, poseen unas marcas en su longitud y cuando la llama consume un trozo se sabe que ha transcurrido una cantidad de tiempo determinada.

Erik corroboró las palabras del siervo.

—Y hablando de tiempo, debemos comenzar con nuestras clases de latín —añadió el tuerto—. Hemos desayunado frugalmente y eso es bueno para el

aprendizaje ya que, según decía el gran Séneca: «La abundancia de alimentos entorpece la inteligencia».

Orenco había tomado muy en serio el mandato del obispo de iniciar a aquellos bárbaros en la lengua de la Iglesia Católica. Era la suya una misión sagrada, tenía un cometido después de todos aquellos años desaprovechados que habían acabado convirtiéndole en un simple vagabundo. Pero prefería olvidar tiempos pasados, aquellos recuerdos que dolían como dagas penetrando en su cuerpo agotado y tornaban a su mente cada vez que contemplaba el penoso reflejo de su ojo tuerto. El buen Braulio había leído en él, aquel varón santo había husmeado en su rostro sacando conclusiones correctas y le había impuesto la penitencia. Enseñaría y serviría a aquellos godos, no en vano había dicho el filósofo Séneca que los hombres también aprenden cuando enseñan.

—Más nos valdría salir a buscar trabajo —refunfuñó Harald.

—Nadie os dará empleo si no puede comunicarse con vosotros —les recordó el siervo.

—A ti tampoco te lo han dado, aún hablando la misma lengua que ellos.

—Yo sólo soy un viejo tuerto, vosotros sois hombres fuertes.

Karl se encaminó hacia la puerta para dirigirse al puerto fluvial y todos le miraron con cierta envidia,

—Él es descargador y tampoco habla la lengua de los romanos.

Orenco sonrió irónicamente.

—Ha tenido suerte, mi amo, en estas fechas la ausencia de viento inutiliza las velas de las barcazas y por ello se necesitan brazos extra para arrastrarlas con sirgas. Cuando llegue el otoño la situación cambiará y los mercaderes tendrán suficiente con los esclavos que se dedican al desembarque, entonces Karl perderá su empleo.

Karl miró a los presentes y salió de la estancia.

—Y ahora vamos a comenzar —anunció Orenco con paciencia.

Poco pudo aguantar despierto el pequeño Erik. Las explicaciones del siervo-maestro fueron mezclándose con imágenes del obispo y de su arcediano, de pergaminos y de tinta, de niños jugando con surtidores de agua y del rostro demacrado de su primo Olav partiendo hacia el reino tenebroso de la diosa de la muerte.

Como cada anochecer, Erik cruzaba la ciudad para acudir al palacio obispal donde el niño romano que servía a Braulio le esperaba para ser sustituido en su cargo. A Erik le agradaba ese breve contacto que tenía a diario con aquel muchacho de su edad. Los enormes ojos castaños del pequeño hispano chispearon al ver acercarse a su relevo y una franca sonrisa iluminó su rostro.

—¡Hola! —saludó tímidamente el godo.

—¡Hola, Erico!

Valderedo sonrió al recién llegado en la antesala del despacho del obispo.

—Creo que hoy vas a tener mucho trabajo.

Erik iba entendiendo cada vez mejor a su amigo, al principio había sido imposible la comunicación, pero el pequeño se esforzaba al máximo en ir interpretando la compleja lengua romana y, entre las órdenes que Braulio le dictaba y los diálogos con el muchacho romano, su mente se abría a la comprensión de aquellos sonidos antes indescifrables para él.

—¿Por qué? —se interesó el godo.

—Parece que nuestro señor Braulio vuelve a tener problemas con el abad Tajón por unos documentos eclesiásticos.

Erik meneó la cabeza sin comprender.

—Quiero decir —explicó Valderedo acompañándose de la mímica— que Tajón ha enojado a su santidad.

El pequeño godo asintió disculpándose.

—Ten paciencia conmigo, Valderedo, yo no soy romano como tú.

El otro rió.

—Yo tampoco lo soy del todo —confesó—. Mi madre es romana, pero mi padre es godo.

Erik abrió los ojos de par en par.

—En serio —continuó el mayor de los dos— antiguamente los matrimonios entre godos y romanos estaban prohibidos, pero esa norma fue relajándose con el tiempo.

—Entonces eres «hispanorromanogodo» —razonó Erico.

Valderedo rió.

—Eso es.

—¡Erico! —llamó una voz desde el despacho.

—¡Hasta mañana! —se despidió Erik apresuradamente—. El obispo me necesita.

El pequeño entró en la sala de donde Braulio parecía no moverse y se arrodilló antes de acudir a su lado.

—He oído tu voz en la antesala —el buen obispo sonrió al muchacho.

A Braulio, a pesar de su poca agudeza visual, no le pasó desapercibido que la ropa del niño estaba vieja y remendada en exceso.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó en latín.

Erik arrugó su pequeña nariz en señal de descontento.

—Imagino que las cosas no marchan del todo bien —continuó el obispo cesaraugustano en la lengua goda—. Bueno, mañana redactaré una nota por si el herrero Agerico los puede contratar y Dios nos ayudará.

El pequeño agradeció las palabras de Braulio y besó su anillo sabiendo lo importante que era para su padre y su abuelo Harald encontrar un trabajo.

—Y hablando de cartas —dijo el obispo en godo para que Erik pudiese entender su mensaje sin errores— hoy tengo una misión muy importante que encomendarte, Erico. Cuando amanezca quiero que lleves esta breve misiva al monasterio anejo a la basílica de los Innumerables Mártires, para el abad Tajón. ¿Sabes dónde está?

El muchacho dudó.

—A lo mejor conoces el templo por el nombre de Santas Masas, se encuentra *foris muris*. . . extramuros, saliendo por la puerta cercana a tu casa. Hallarás el monasterio al lado de la necrópolis sur, a orillas del Orba, y junto a la vía romana.

—Así lo haré, señor.

—De paso te diré, hijo mío, que ese es uno de los lugares más santos y antiguos de la cristiandad. Su cripta se fundó en época del emperador Constantino y en ella se encuentran los restos de los mártires cristianos, destacando entre todos ellos la santa llamada Engracia, y en honor a todos ellos se construyó la basílica.

El anciano obispo dejó que los recuerdos poblasen su mente.

—Yo estudié en ese monasterio en mi juventud con mi hermano Juan, que fue abad del mismo y posteriormente obispo de Caesaraugusta. Más tarde marché al Sur, para asistir al segundo concilio hispalense y aprender junto al gran obispo Isidoro y, a mi regreso, creé la escuela en un edificio anexo a la basílica y al monasterio del que también fui abad algunos años. . .

Erik escuchaba con atención a aquel hombre santo que parecía más bien hablar para sí mismo, pero de cuyas palabras siempre se sacaba algún aprendizaje.

— . . . hasta que Juan murió en el año de la Encarnación del Señor de seiscientos y treinta y uno y yo le sucedí en la silla episcopal. Mi hermano mayor fue mi maestro en la vida común, en la piedad y en la doctrina. Nunca he conocido a hombre más docto y cultivado, tanto lo era que hubiese merecido que hasta los sabios de Grecia se inclinasen ante él, pues era distinguido en toda clase de disciplinas y creó hermosos himnos litúrgicos, poesías, y otras piezas elegantes.

En aquel momento entró Eugenio interrumpiendo el monólogo de Braulio. Era el archidiácono un godo de pequeña estatura y cuerpo delicado, y los papiros y plumas que portaba por si el obispo deseaba dictarle algo parecían pesar más que él. Era rector de la iglesia de San Vicente y mano diestra de Braulio. Se acercó al prelado y tras revolver en cariñoso gesto los cabellos de Erik, se sentó en una silla de tijera frente al hombre de Dios.

—Aquí dejó la carta para el abad Tajón, Erico —Braulio palpó la mesa hasta encontrar el pliego— si me he dormido antes de que te vayas, no olvides cogerla.

El pequeño asintió y fue a sentarse en un rincón de la amplia sala.

—Eugenio —dijo el obispo dirigiéndose al arcediano— sería recomendable ponernos manos a la obra en la redacción de los borradores de la cartas al obispo Eutropio y al dux.

Erik los escuchaba semioculto por las sombras que creaba la escasa iluminación de la estancia.

—Para encontrar el mejor modo de recomendar a nuestro señor, el anciano rex Chindasvinto, que nombre co-regente a su hijo, Receswinth, sin que se sienta por ello relegado y en ninguna forma rechazado por nuestra provincia.

El arcediano enarcó las cejas.

—No es tarea fácil —suspiró— recordad que la sucesión hereditaria al trono es contraria al canon setenta y cinco del sexto concilio toledano que vos firmasteis.

El obispo asintió

—Disponemos de un tiempo todavía para que Nuestro Señor nos inspire —sonrió— y mientras tanto continuemos con los resúmenes de la enciclopedia, que ya corregimos y sistematizamos hace años, de mi muy querido amigo Isidoro. ¡Qué Dios lo tenga en su gloria! Tú, Eugenio, tendrás que supervisar las copias que se hagan en el *scriptorium* para que no contengan erratas.

El arcediano separó el bloque de hojas y lo subdividió en dos sobre la mesa.

—Nos habíamos quedado en el libro de la medicina. «*Medicina est quae corporis vel tuetur vel restaurat salutem: cuius materia versatur in morbis et vulneribus*».

Braulio reflexionó.

—Este era pues, el capítulo primero del libro cuarto y el párrafo que me acabas de leer introducía sobre lo que iba a versar la materia.

Erik escuchaba atentamente el diálogo entre los dos hombres sobre aquellas elevadas cuestiones que él no alcanzaba a entender. Desde que había entrado al servicio de Braulio había visto el empeño que, tanto el obispo como el arcediano, ponían en la labor de que la obra de un tal Isidoro de Hispalis, libro que parecía encerrar todo el conocimiento del saber humano, fuera explicada de forma sencilla en la *domus episcopi* y en la escuela del monasterio. Eugenio leía en voz alta párrafos de aquellos escritos ya enmendados anteriormente por Braulio, pues la escasa visión del obispo en los últimos tiempos le impedía hacerlo por sí mismo, y tras extensas cavilaciones por parte de éste, los párrafos se reordenaban e incluso corregían algunas de las expresiones del gran autor hispalense. El muchacho se preguntaba por qué tendría tanta importancia aquel cometido y así se lo planteó un día a su amigo Valderedo.

—Es la compilación más ambiciosa que se ha realizado hasta ahora —le había contestado el niño romano con expresión de incredulidad ante tanto desconocimiento—, podremos encontrar respuesta a todas las preguntas imaginables ¿Lo entiendes Erico?

Erik dudaba, pues en su ignorancia desconocía quien era el gran Isidoro de Hispalis, y Valderedo se lo volvía a explicar ayudado por la mímica. Pero para el niño godo no tenía sentido aquel trabajo, sus mayores ni siquiera sabían leer y escribir, y la mayoría de la población de Cesaracosta tampoco. Sólo uno de cada diez comprendería aquella compilación, o probablemente menos, y eso

fue quizá lo que le impulsó a querer ser uno de los elegidos. Mas ¿cómo llegar a adquirir esa magia de descifrar las letras?

—«*Sanguis Latine vocatus quod suavis sit, unde y homines, quibus dominatur sanguis, dulces y blandi sunt*» —leyó Eugenio.

¿Qué había dicho el arcediano?, se preguntó Erik perplejo, ¿que la sangre se llama así porque es suave y que los hombres dominados por ella son dulces y blandos? Nunca hubiera opinado él algo así, en su tierra se decía que los hombres sanguíneos eran coléricos y bravos... por lo visto tenía mucho que aprender.

—«De la sangre y la hiel nacen los padecimientos agudos —continuó el arcediano— que los griegos llaman *oxea*».

Erik había oído a Braulio hablar de los griegos, los hombres sabios; eran un pueblo muy lejano del que había llegado todo el conocimiento desde épocas antiguas.

—«Y de la flema y la melancolía proceden los achaques viejos, a los que llaman *chronia*» —acabó Braulio recitando de memoria.

—Entonces los cuatro humores cuando se desproporcionan crean las enfermedades, según el docto Isidoro —reflexionó Eugenio haciendo una anotación en un papel aparte.

—Eso es —afirmó el obispo, hundiéndose de nuevo en los recuerdos— mi carísimo amigo y maestro conocía a la perfección las tres lenguas del saber, hebreo, griego y latín, y había leído cientos de obras de los sabios que estos pueblos habían engendrado. Yo le rogué encarecidamente que recopilara todos sus elevados conocimientos y él accedió, mandándome posteriormente los códices sin enmendar, para que yo mismo llevase a cabo la disposición.

El arcediano asintió pues probablemente había oído ya con anterioridad aquella narración de los hechos.

—Recuerdo que la última vez que lo vi fue en el cuarto concilio de Toletum, al quinto no pudo asistir por tener la salud muy mermada, era el año de la humana salvación de seiscientos treinta y seis, hace casi diez años que murió. Aún conservo en mi alcoba los regalos que me envió —Braulio se limpió una lágrima que resbalaba de sus ojos cegados—. He releído muchas veces aquella carta en la que me aconsejaba que cuando recibiera una epístola suya la abrazara como si fuese a él mismo, pues decía que éste era el único consuelo entre ausentes —suspiró—. Fue el más grande de los obispos y el más excelso de los hombres.

Eugenio tomó la mano de su maestro.

—Este año se celebrará el séptimo concilio en el mes de noviembre y tú asistirás en mi representación.

El arcediano se extrañó.

—Señor, ¿no iréis vos?

—No Eugenio, yo ya estoy muy viejo para un trayecto tan largo —dijo Braulio sonriendo con pesar— tú eres mi sucesor, el próximo obispo de Cesaraugusta.

Eres un hombre culto y sabio y a ti te corresponderá llevar a esta gloriosa ciudad por el camino de Dios en un futuro cercano.

—No digáis eso, santidad —protestó el arcediano con tristeza— aún no habéis entrado en la senectud, que como vuestro amigo Isidoro afirmaba en sus escritos, no comienza hasta los setenta años.

Braulio sonrió.

—Mi buen Eugenio, creo que el docto Isidoro era muy optimista en ese punto, pues alargaba el periodo de juventud hasta los cincuenta inviernos. Bueno, para tranquilidad del rey escribiré una misiva explicando que mi salud no es buena para emprender el viaje y que además estoy muy ocupado creando el cuerpo de leyes que me asignó redactar.

Se volvió hacia Erik.

—Además, Erico y Valderedo cuidarán muy bien de mí en tu ausencia —dijo en lengua goda.

El muchacho se puso en pie y esbozó una reverencia mientras creía entender las siguientes palabras pronunciadas en latín por el obispo.

—Eugenio, cada vez que contemplo a este muchacho, a pesar de que es solamente un niño extranjero, me parece ver en él a alguien que va a tener una relevancia especial en nuestra ciudad.

Erik se dirigió al amanecer hacia el monasterio situado a orillas del río Orba para cumplir la misión encomendada por su amado obispo. Llegó sin resuello pero sonriente como siempre, característica que durante toda su vida no perdería.

—Traigo una carta para el abad Tajón —consiguió decir Erik de corrido— de parte de su santidad el obispo.

El fraile condujo al pequeño por los pasillos laberínticos del monasterio de los Innumerables Mártires. Había salido del palacio episcopal con la carta escondida entre sus ropajes tal como había visto hacerlo a su abuelo Harald, ya que las cartas debían ser algo muy importante porque gracias a una de ellas habían podido quedarse en aquella ciudad que cada día le gustaba más. Ahora él era portador de uno de esos documentos y se habría negado a dársela a cualquier otro que no fuese el propio abad.

Erico llegó, acompañado por el monje, a una habitación plagada de códices de todas las formas y tamaños imaginables, rollos amontonados sobre mesas, volúmenes en estanterías de madera y hojas sueltas apiladas en torretas. Una biblioteca de dieciséis armarios, al parecer tan numerosa en obras como selecta en contenidos donde un hombre, que le fue presentado como el abad y que ni siquiera se inmutó cuando oyó el ruido de pisadas que se aproximaban hacia él, escribía con pluma de ave apoyado sobre una mesa de tablero inclinado. Erik

aprovechó la espera que se le impuso con el fin de no interrumpir al abad en su trabajo para volver a pasear la vista por toda la estancia.

—El obispo Juan fue el iniciador de esta gran biblioteca que luego enriqueció nuestro actual obispo Braulio y que, si Dios me da vida, yo intentaré acrecentar.

El pequeño dio un respingo, ¿cómo había sabido aquel hombre lo que estaba pensando en aquel momento sin levantar siquiera los ojos del pergamino? El abad lo estudió detenidamente y Erik hizo lo mismo intentando no parecer insolente. Aquel monje no le proporcionó confianza: rondaría los treinta años, tenía el tonsurado pelo de color castaño claro imitando la corona de espinas de Cristo y unos inteligentes ojos de la misma tonalidad brillaban en su rostro carente de arrugas. Sus rasgos físicos, nariz recta y labios finos, unidos a una insolente desenvoltura, le hacían parecer orgulloso y poseedor de una gran ambición.

—No me mires tan asustado, hijo —rió— solamente he supuesto que estarías preguntándote lo mismo que la mayoría de la gente que penetra por primera vez entre estas cuatro paredes.

Erik sonrió aliviado.

—En realidad es sólo una minúscula biblioteca, en ningún modo comparable a la que poseyeron los alejandrinos, pero tenemos algunas joyas de las que sentirnos orgullosos, tanto de *scriptura* u obras cristianas como de *litteratura* o escritos paganos. Gozamos de una copia de las Sagradas Escrituras traducidas por san Jerónimo del hebreo al latín, poseemos las fábulas de Esopo, los *Academica posteriora* de Cicerón, las *Sátiras* de Horacio y su *Ars poetica*, la *Eneida* de Virgilio, obras de Euquerio, Juvenco, Casiano, Hilario, san Agustín, Anatolio de Laodicea y muchas otras. Entre todas ellas superan los quinientos volúmenes y... copias... escribientes... pergamino o papiro...

El pequeño escuchaba al abad sin apenas entender la relevancia que podía tener aquello, pero por la emoción con la que aquel hombre se expresaba, dedujo que los libros debían ser algo tan trascendental como las cartas, o más todavía.

—... cuando se termina el duplicado, se envía a la del palacio episcopal —terminó el abad.

Erik asintió confuso.

—Y bien ¿qué te trae por aquí?

—Señor, traigo mensaje de mi señor el obispo.

Tajón asintió.

—¿Y no me lo vas a entregar?

El pequeño se dio cuenta de que aún conservaba la epístola entre sus ropas y palpó su pecho en busca del preciado documento.

—¿Eres el nuevo sirviente del obispo? ¿Y Valderedo?

—Ambos lo somos, señor.

—Pronuncias deficientemente el latín, ¿no eres de Hispania?

—No, mi señor, nació al norte, muy al norte.

El abad rompió el sello del obispo y leyó la misiva en silencio, después sonrió.

—Ven a buscar contestación mañana a esta misma hora —ordenó a Erik— y ahora vete, tengo mucho trabajo.

El pequeño godo hizo una reverencia y abandonó la sala diciéndose a sí mismo que aquel encuentro no había sido de su agrado. Samuel Tajón no era un hombre santo y humilde como Braulio, de eso estaba seguro, aunque pareciera tan inteligente como éste.

Erik abandonó el convento y alzó sus ojos hacia la basílica aneja, pensó en entrar para ver si en ella descansaban los cuerpos de los mártires a la vista, ya que los cristianos adoraban reliquias y trozos de hombres y mujeres antiguos, pero sólo de pensarlo sintió pavor. Llevó su mirada del templo al cementerio, fijándose en las lápidas y las cruces que escondían cadáveres en corrupción, y sintió un relámpago en su espina dorsal al recordar a su primo Olav. Rápidamente se encaminó hacia la puerta meridional de la ciudad evitando mirar otra cosa que no fuese el suelo y sus pasos se convirtieron en apresurada carrera cuando recordó como Valderedo le había explicado el martirio al que habían sometido a la santa virgen Engracia.

—Hace más de trescientos años, una bella y joven noble lusitana visitaba nuestra ciudad acompañada por su tío Lupercio, su séquito de dieciséis caballeros y una criada —el narrador acompañaba de grandes aspavientos su relato para que el godo lo entendiera y para añadir dramatismo a la, ya de por sí, terrorífica historia—. Iba a contraer esponsales con un jefe militar de la Galia Narbonense y vio que aquí se maltrataba injustamente a los cristianos. Se enfrentó con el gobernador Daciano y por ello se la encarceló y sometió a los más crueles castigos. Por su fe en Cristo fue atada a una columna y azotada, le sacaron el hígado y le cortaron un pecho, y aún después, desnuda y con el cuerpo plagado de terribles heridas, la ataron a la cola de un corcel y la arrastraron por las calles de Cesa-raugusta —en este punto el pequeño romano se tiraba al suelo poniendo cara de dolor—. Pero al ver que aún no moría, le clavaron un clavo en la frente.

Y Valderedo terminaba la historia propinando un pequeño golpe entre las cejas de su amigo godo mientras Erik se estremecía al oír aquel horrible comportamiento con la bella joven a quien él ponía en su imaginación los rasgos de su madre.

—Por eso se llamaba In-gratia, porque estaba llena de la gracia de Dios.

—¿Y los demás? —preguntaba el pequeño godo, temblando como una hoja.

—Fueron decapitados.

Tras finalizar el relato del martirio, Valderedo se quedaba meditando con fervor y a Erik le parecía entender cuáles eran los sentimientos de su amigo.